

—¿Qué haces besando a la lisiada?¹ —le dijo, al tiempo que acariciaba su mentolada barbilla llena de benzodiazepinas—. ¿Te das cuenta de que compartimos cuerpos por más tiempo que nadie a quien hayas conocido jamás? ¿Acaso no te importa todo el tiempo que pasamos?

Y es que no era de extrañar, habían pasado ya dos horas desde que las pantallas habían preguntado si es que seguían ahí. Pero parece que no. Apagadas agazaparon su último intento de alertar que dejaron encendida la forja, sabiendo que el gallo cantaba más alto que el volumen en número par (necesario para la vida). Y corriendo sacó la cabeza un instante para responder la vasta antología de preguntas a la que era sometido, pero la única que concibió fue la que Shakira hacía de fondo la vez que se comieron unos cuadros en el Burger King.

—Me extraña que me lo preguntes. Fuiste tú quien se fue —dijo, al tiempo que la bocanada de humo salía de su nariz, extraña a las palabras y sin detenerse en el exhalar que le recorría la sangre con la intensidad de su profundo entendimiento de la vida. Habría de durar tres segundos exactos y su recuerdo una capsula nouménica que recuperar después de una pausa necesaria para maquinar el hecho de que acababa de decir una oración. Entre los tactos de sus propias manos contra su cuerpo sintió la necesidad de inhalar de nuevo, sin encender la televisión, como quien se estaciona bajando el volumen.

—No, ya te había dicho —aclaró, mientras al cerrar la boca todo silencio se hacía pesado, como entreteniéndolo la falta de aire entre sus piernas. El sudor recorriéndole se filtraba para saber si hacía calor o al menos había algo afuera del cuarto. En otras palabras, también dijo algo que no recordaba. Pero se le olvidó qué era eso—. Es que ya te había dicho. Nunca me haces caso.

El entretelón bajó de repente, como si el teatro se desarmara, pero resultó ser la cortina del baño que estaba mal puesta. Y el tiempo no paró por eso, como era de esperar, sino que les ordenó cuidar sus movimientos. Entre tanta inactividad y silencios solamente se escuchaba el crepitar y un fantasma salido del anexo, universitario de la interzona, que recitaba la programación de canal cinco.

Suspiraron y sus ojos, clarividentes, que no alcanzaban más que ver sus manos juntas y la evidente tristeza de lo que iba a preguntar, por fin se confrontaron con sus ojos, como si de un espejo se tratase.

—Entonces, ¿todavía me amas? —dijo, con sus últimas fuerzas.

Y contestó firmemente con un monosílabo.

¹ Así, sin signos de exclamación.